

La psicología frente al hombre de fin de milenio

NILDA FERNÁNDEZ DE CHACÓN

Debido a los cambios vertiginosos surgidos en el mundo durante los últimos años, es indispensable replantear cómo es el hombre al que se enfrenta la psicología en este fin de milenio y a quién debe comprender y tratar de ayudar.

Detrás de toda psicología, de todo método educativo, hay una antropología filosófica, una noción del hombre con el que se pretende trabajar. Los marcos conceptuales no nos alcanzan para aprehender totalmente a ese ser histórico que ha estado sometido a influencias muy fuertes y cambiantes en su modo de vida, su entorno y su tecnología, en rápida sucesión.

En el último siglo, específicamente, varias corrientes incidieron con particular intensidad para modificar a ese hombre, fundamentalmente en la línea de la liberalización.

En primer lugar, el movimiento psicoanalítico se encontró con un sujeto restringido, reprimido por las exigencias de la educación victoriana, y se dedicó a liberarlo. La patología histérica, producto típico de la educación prevaleciente, poco a poco suavizó e hizo menos exagerada en sus manifestaciones. Se dio lugar a los impulsos y se empezó a considerar importante la necesidad del niño de expresarse y ser creativo.

Escuelas como las famosas Summerhill, fundada en una aldea de Inglaterra en 1921, se propusieron dejar a los niños en libertad "de ser ellos mismos", con clases optativas y participación en la política educativa, todo lo cual asignó más importancia al desarrollo de la personalidad.

Esta experiencia desató encontradas opiniones, la mayoría de las cuales cuestionaban que la confrontación con la rea-

lidad externa sería traumáticamente diferente y que ya no se estaba luchando contra la restricción de principios de siglo.

El movimiento existencialista que impregnó todo el estilo de vida de posguerra dio relieve al criterio de libertad. Pero en su planteo el ejercicio de esa libertad no era caprichoso sino altamente exigente. Había una responsabilidad y una ética estricta en la determinación de los actos humanos. El hombre, decía Sartre, es "arrojado al mundo y condenado a ser libre".

Los *beatniks* —el movimiento desbordado e impulsivo de los cincuentas, abandonado por el novelista Jack Kerouac y el poeta Allen Ginsberg, quienes se rebelaban ante el carácter opresivo de lo cotidiano—, proclamaban una autonomía de criterio, una experiencia intensa de la vida hasta sus últimas consecuencias que en muchos casos los llevó a muertes prematuras: Kerouac a los 47 años, y el personaje de su famosa novela *On the Road*, Neal Cassady, que compartió el estilo de vida más que la creación, a los 43.

En palabras de Kerouac,

... como si fuéramos de una generación furtiva ... Teníamos la sensación de una especie de fracaso —es decir de haber llegado a lo último, a nosotros mismos—. La sensación de un cansancio respecto a todas las formas y convenciones del mundo ... Es algo más o menos así. Supongo que entonces se podría decir que somos una generación golpeada (*beat*).

Abiertos a todos los excesos, renuentes a cualquier límite, amantes de la velocidad, las drogas y el alcohol, llegaron a

extremos como el de William Burroughs, el poeta que dejaba a sus hijos pequeños en tal libertad que podían defecar en cualquier lugar de la casa. La esposa de Burroughs murió cuando ambos jugaban a Guillermo Tell. A pesar de ser un excelente tirador, la falta de lucidez o un movimiento de la mujer en busca de la catástrofe hizo que fuera ella la receptora del balazo y no la copa de champaña que sustituía la clásica manzana. Tenía 27 años.

En los sesentas, los *hippies* siguieron pidiendo libertad, buscando la vida comunitaria en contra de la estructura familiar convencional, negándose a la guerra de Vietnam y a la educación formal, y persiguiendo todavía la ampliación de la experiencia mediante el uso de drogas. Su consigna: "Make love, not war". Sus emblemas: la pata de paloma estilizada y la flor. Su demanda: la paz.

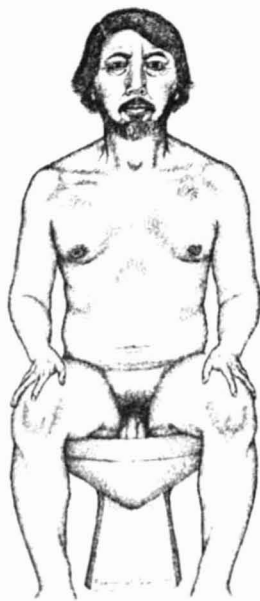
La generación estudiantil del 68, originalmente en Europa, abundó en su exigencia de libertad y cuestionamiento de valores de un modo más combativo. Su consigna: "La imaginación al poder." Su acción repercutió en otros continentes.

Para ese entonces la patología se había modificado: la flexibilidad de las normas y la falta de estabilidad del medio familiar empezaban a producir cuadros nuevos: el psicópata, falto de límites y de exigencias éticas; el *borderline*, con su patología mixta, y ambos con un fuerte problema de identidad.

En las últimas décadas hemos asistido a un progresivo desapego de las relaciones interpersonales, a una falta de entusiasmo difícil de conmovir.

Los *beatniks* y los *hippies*, por caminos peculiares y discutibles, tenían aún una mística, una búsqueda del hombre al fin de sus experiencias, un anhelo por lograr su plenitud.

El hombre actual se agota en la persecución de metas de éxito aparente, nunca suficientes para garantizar su autovaloración, ni seguras. En el camino probablemente lo aguarda la úlcera o el ataque car-



diaco: lo psicosomático emparentado con el stress también va en aumento.

El contacto interpersonal se va haciendo más fugaz y distante. Conectado a Internet puede llegar a cualquier parte. Se interna en la realidad virtual. Aparatos programan y organizan ejercicios de gimnasia para él. Contestadoras y faxes le mediatizan los contactos. Encuentra relajantes los juegos de video. La técnica lo asombra cada día. Las madres posmodernas se declaran incompetentes para relacionarse con sus bebés y los llevan a especialistas que los someten a estimulación temprana.

Nieto de los *beatniks*, hijo de los *hippies*, perdido entre la libertad y la tecnología, el hombre se ha quedado desorientado, solo y vacío en el presente. Ha olvidado valores y héroes con quienes identificarse y está perdiendo los contactos afectivos y la capacidad de apasionarse por un ideal. ¿Seguiremos en esa dirección?

Podemos pensar que, en un movimiento dialéctico, se oponga una alternativa a esta tesis de la libertad y el desapego apoyada durante todo el siglo. Tal vez el cine nos da un indicio de esto. Después de las numerosas películas de hombres galácticos, robots, androides y otras figuras deshumanizadas, parece haber últimamente una búsqueda de historias que tengan como temas los vínculos humanos, incluso con la reedición de algunos filmes producidos muchos años atrás. ¿Estaremos añorando el afecto, la emoción?

Proponer a nuestros jóvenes algunos límites fijos —ni arbitrarios ni excesivos—, puede darles la tranquilidad de apoyarse en ellos. Una ubicación de la tecnología contemporánea en su justa medida de utilidad —que la tiene—, sin jerarquizarla como vínculo preferencial, puede dejar más espacio para los contactos humanos.

Los juegos de video pueden ceder un poco de lugar a aquéllos sencillos, impro-

visados, que dan más posibilidades a la expresión de la creatividad y que, como dice Mafalda, los prefiere porque tienen “la simplicidad de los clásicos”.

Por este camino tal vez podamos rescatar a un hombre posmoderno que, sin negar los logros, experiencias y posibilidades de su tiempo, recupere lo sensible de su humanidad. ♦

Bibliografía

- Cassady, C., *Off the Road (My Years with Cassady, Kerouac and Ginsberg)*, Penguin Books, Nueva York, 1991.
- Freud, S., *Obras completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.
- Ginsberg, A., *Aullido, Kaddish (y otros poemas)*, Universidad Autónoma del Estado de México (Col. La abeja en la colmena), México, 1983.
- Kerouac, J., *En el camino*, Losada, Buenos Aires, 1959.
- Neill, A. S., *Summerhill*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.
- , *Summerhill, pro y contra*, Fondo de Cultura Económica, México, 1971.
- Sartre, J. P., *El existencialismo es un humanismo*, Edhasa, Barcelona, 1989.

